

nuevos: entre ellos, los florentinos, y los pueblos de Siena, Ragusa, Génova y Rodas, anunciando los boloneses que enviarían generosos socorros.

Pio II, por bula del 15 de Enero de 1460, publicó en todo el universo las decisiones del congreso.

A pesar de los buenos deseos del Santo Pontífice, estos socorros no fueron exactamente enviados, en parte por causa de la guerra sobrevenida entre franceses é ingleses, y en parte por las diferencias suscitadas en Nápoles entre el rey Fernando de Aragon, tan altamente protegido por el Papa, y Juan, duque de Anjou, hijo del rey Renato: en fin, por causa de los embarazos que suscitaban en el estado eclesiástico los Manfredos y los Malatesta.

Entonces publicó otra bula prohibiendo apelar de las decisiones pontificias al futuro concilio; estas apelaciones fueron declaradas abusivas, erróneas y dignas de condenacion. Bercastel en su historia de la Iglesia, tom. XVI, pág. 149 y sig. habla del descontento de los franceses que se mostraron ofendidos con esta bula, y detalla lo que hicieron en esta circunstancia, y Novaes opina que en las reflexiones de aquel autor reina la imparcialidad. Sin embargo, lo cierto es que las apelaciones de que se trata son funestas á la Iglesia, pues promueven dificultades en los negocios y generalmente no son de utilidad alguna á los que invocan tal esperanza, no resultando mas que pretensiones indecisas, propias para menoscabar la alta veneracion debida á la Santa Sede. En 5 de Marzo de 1460, Pio hizo una promocion de cardenales.

Entretanto Segismundo, duque de Austria, habia hecho arrestar en el castillo de Brunech, al cardenal de Cusa, á consecuencia de algunos debates sobre derechos eclesiásticos. En 8 de Agosto, el Santo Padre excomulgó á Segismundo y á sus cómplices, en virtud de una constitucion que posteriormente Gregorio XIII y Paulo V incluyeron en la bula *In cæna Domini*, prohibiendo otra vez el apelar de las decisiones de la Santa Sede al futuro concilio, como lo habia verificado Segismundo. El mismo Papa condenó á los apelantes como culpables de los delitos de herejía y de lesa-magestad.

Vuelto á Roma en 1461, el Santo Padre canonizó solemnemente á Santa Catalina de Sena, de la orden de Santo Domingo, nacida en Fontebranda, en 1347, é hija de Santiago Benincasa, tintorero;

y muerta en Roma á la edad de 33 años. Urbano VI, Inocencio VII y Gregorio XII habian querido canonizarla, pero no pudieron lograrlo, por causa del cisma. Segun Novaes (V, 205), esto fué una voluntad del consejo divino, para que en las tempestades de las opiniones disidentes, una parte no mirase como profano, lo que otra habia reputado santo.

Mientras tanto Mahometo II, á pesar de los esfuerzos de los caballeros de Belen, habia ocupado las islas de Lemnos y de Lesbos, que los cristianos acababan de reconquistar bajo el pontificado de Calixto III. Los turcos se habian apoderado tambien de la isla de Negroponto. El Santo Padre acogió con suma benevolencia á Tomás Paleólogo (*déspota*), príncipe de la Morea y hermano de Constantino, último emperador griego. Tomás se hallaba en Roma el cuarto domingo de cuaresma: el Papa bendijo la rosa de oro, y la ofreció á este príncipe. Tomás entonces dió al Papa, como un presente, la cabeza de San Andrés, apóstol, que habia traído del Peloponeso.

Su Santidad mandó colocarla con magestuosa pompa en el altar de San Gregorio el Grande, en el Vaticano.

Muerto Carlos VII, en 22 de Julio de 1461, Pio II hizo pedir á su sucesor Luis XI la revocacion de la pragmática sancion. El nuevo rey la proscribió como nacida en el seno del cisma, como destructora del derecho y de la autoridad del Sumo Pontífice, del cual derivan todas las leyes sagradas. Esta noticia fué recibida en Roma con suma alegría; pero muerto Pio, la pragmática fué restablecida, y esta controversia, que los pontífices abominaban porque provenia de un cisma, y acerca de la cual se disputó con los reyes de Francia durante setenta años, fué terminada en 1515 por el concordato celebrado entre esta nacion y Leon X, como se dirá en la vida de este Pontífice.

En 1462, la ciudad de Roma tuvo que sufrir los estragos de una peste violenta. El Papa marchó á los baños de Viterbo (baños sulfurosos de *Bulicamo*); pero habiéndose manifestado allí las huellas del contagio, fuese Pio á Bolsena y despues á Corsignano, su patria, á la cual habia siempre conservado cariño, y en donde habia establecido un obispado, dando á la ciudad el nombre de Pienza, derivado de Pio.

Tiempo habia en que el Papa sentia remordimientos por haber sustentado en otro tiempo doctrinas contrarias á los usos y derechos de la Santa Sede: para acallarlos, juzgó conveniente firmar en 26 de Abril de 1463, una constitucion, por la cual anulaba todas las obras que habia publicado en favor del conciliábulo de Basilea contra Eugenio IV y la autoridad de la Iglesia romana, exhortando á todos y á cada unos á elegirle *anciano*, no *jóven*; *pontífice*, no *hombre privado*; á rechazar á *Eneas*, y abrazar á *Pio*.

Ya en una carta dirigida á Jordan, rector de la Universidad de Colonia, y fechada en 13 de Agosto de 1447, Pio, mientras era obispo de Trieste, es decir, nueve años antes de ser cardenal, y once antes de ser Papa, habia retractado explícitamente todas las opiniones contrarias á los sentimientos y prerogativas de Roma.

El Papa anuló tambien los preliminares establecidos entre los legados del concilio de Basilea y los bohemios, en virtud de los cuales estos renunciaban á todos los artículos erróneos, excepto á la comunión con ambas especies, lo cual se hallaba aprobado por el falso concilio.

Entonces surgió un debate entre los dominicos y los franciscanos, relativamente á la sangre de Jesucristo, derramada durante su Pasión. Los primeros tenian en su favor la opinion de muchos sabios, y particularmente la del Papa. Enardeciase la cuestion. Pio mandó que los disidentes guardasen sobre el particular un *profundo y perpétuo* silencio. Muchos papas habian ya fallado de esta manera en algunas cuestiones difíciles: mas adelante veremos que los sucesores de Pio II han seguido en otros puntos este sistema sabio, circunspecto y prudente. En circunstancias semejantes es cuando se debe bendecir la suprema autoridad de los sucesores de Pedro. Ningun orden religioso, ninguna opinion debe resistir á tan amistoso consejo, á una decision que rechaza toda guerra de plumas y de palabras, á esta sentencia sin apelacion, que dirige hacia otros objetos el celo, la erudicion, las vigiliás y los innumerables trabajos de los esclarecidos escritores de todas las órdenes religiosas.

En medio de tan graves cuidados, y para que ningun abuso escapase á su atencion, Pio no perdía de vista las amenazas de Mahometo II. Acababa de conquistar el imperio de Trebisonda, des-

pues de haber arrojado de él á la casa de Commeno, establecida allí desde 1204, y durante cincuenta y siete años. El insaciable turco habia invadido tambien el reino de Bosnia, y mandado desollar vivo á Estéban, su quinto y último monarca.

El Papa creyó conveniente escribir al mismo Mahometo una carta, conjurándole para que se mostrase más benigno con los cristianos, y exhortándole tambien á abrazar nuestra religion. «Así, decia el Papa, seriais legítimo emperador de Oriente.» Pero esto no hizo mas que aumentar la crueldad de aquel bárbaro, que dirigió todo su furor contra las ragusenses.

Declaróse una guerra sagrada en los términos de la decision del congreso de Mántua. El Papa hizo publicar el tratado concluido á este objeto con Felipe, duque de Borgoña, y Cristóbal Moño, dux de Venecia. El cardenal Fortiguerra, pariente de Su Santidad, fué nombrado general de las galeras que la autoridad pontificia habia hecho construir en Pisa, y que debian conducirle á Ancona, á donde el Papa queria ir por tierra, si habia lugar, descender el Adriático y bogar hacia levante. Pero faltaban recursos, y bien pronto quedó este obstáculo vencido, pues el Papa aplicó á ello el producto de las minas de alumbre, recientemente descubiertas en la montaña de la Tolfa, cerca de Civitavecchia.

El Papa esperaba que el dux de Venecia suministraria aun mas socorros de los que habia prometido. Aguardábanse al mismo tiempo subsidios de otros príncipes de Italia y hasta de los cardenales, uno de los cuales, Roderico Borgia, hombre muy acaudalado, habia prometido contribuir por su parte con una galera equipada á sus expensas. Dirigiéronse desde el Vaticano á diferentes puntos del universo numerosas cartas, breves, peticiones, órdenes y súplicas. Era preciso tambien dar las disposiciones necesarias para que durante la ausencia del Papa se hallase robustamente organizado el gobierno. Antes de que marchase aquel de Roma, tomáronse todas las medidas oportunas para que esta ciudad se encontrase completamente abastecida, y sin peligro la pública seguridad.

Al salir del Vaticano fuese el Papa á orar en el templo de San Pedro; dirigió luego á los cardenales una patética alocucion, y marchó en litera hasta Pontemolle, embarcándose en el Tíber; mas

navegable entonces por aquella parte que en la actualidad. Grave imprudencia fué embarcarse en el Tiber en el mes de Junio: la fiebre que reina en las orillas de este rio, empezaba ya á atormentar al Sumo Pontífice; sin embargo, túvolo oculto para que los médicos no le hiciesen retroceder. Pero ¿no hubiera podido seguir por tierra su camino? De este modo quedaban conciliados los piadosos deseos del Padre Santo y la tierna solicitud de sus vasallos. Llegado á Fiano por el Tiber, pasó el Papa al monasterio de San Benito, situado en el monte Soracto, y por el camino de Marca fué á visitar á Loreto, entrando en Ancona el día 19 de Julio. Multitud de católicos habian acudido á esta ciudad de todas partes, para ver á un Pontífice marchando el mismo al frente de una cruzada.

Cristóbal Moro, dux de Venecia, detenido por el mal tiempo, no pudo llegar á Ancona hasta el 18 de Agosto, y el Papa no se hallaba ya en estado de embarcarse, pero quiso presenciar la entrada del ejército veneciano. Esta fué la última vez que salió en público; dos días despues, apenas podia hablar. Sin embargo, oyósele acusar á sus médicos, diciendo: *HÆC QUOQUE PRINCIPUM MISERIA, EST NE IN MORTE QUIDEM CARERE ASSENTATORIBUS*:—«Una de las miserias de los príncipes es hallarse rodeados de aduladores hasta en la hora de la muerte.» Le sobraba razon á Pio II; pero tampoco conviene que un enfermo engañe á médicos dispuestos á ser aduladores.

Dando un ejemplo tan hermoso y tan eficaz para excitar á los príncipes al olvido de sus propios peligros, falleció Pio II el día 14 de Agosto de 1464, á la edad de 58 años, 9 meses y 28 días despues de haber pedido los auxilios de la religion, y habiendo gobernado la Iglesia por espacio de cinco años, once meses y veinte y cinco días.

Pio habia recibido ya la extrema-uncion al verse atacado de la peste en el concilio de Basilea. Algunos teólogos al ver al Papa en tal extremo, opinaron que no debia recibir dos veces aquel sacramento. No ignoraba Pio que esta era la opinion de varios doctores del siglo XII, mas como él no la prohibaba, exigió que le administrasen otra vez aquel sacramento.

Debemos consignar aquí un rasgo de generosa lealtad. Pio II habia prometido socorros al dux de Venecia, y habiendo encontrado el sacro colegio dentro del equipaje del papa difunto cincuenta mil escudos, los hizo remitir al dux para atender á los gastos de la guerra.

Pio II era un sábio legista y muy entendido en literatura antigua. Era muy estimado por su elocuencia, la sinceridad de su fé, su bondad, justicia y amor á la paz. El cardenal de Pavía le califica de Soberano Pontífice dotado de bellas virtudes, recomendable por la pureza de sus costumbres, la fortaleza de su ánimo, y sus raros conocimientos en todo género de saber.

Era de baja estatura, de calvicie precoz, de rostro blanco y que aparentaba mayor edad de la que realmente tenia. Sus ojos tan pronto denotaban severidad como benevolencia; su cuerpo era robusto, si bien extenuado por las fatigas de frecuentes y largos viajes, por los insomnios é incomodidades que le ocasionaba una tós porfiada, la gota y el mal de piedra que le reducian á una especie de atonía completa. A pesar de su doliente estado, fácilmente daba audiencia; y aunque hablaba poco, cuando tomaba gusto en la conversacion, se mostraba jovial y no desdeñaba el chiste. Buen amigo, queria que le acompañasen en la mesa las personas de cuyo trato gustaba. Entonces solia comer en una azotea ú otro paraje descubierto. No queria que le sirviesen platos exquisitos ni costosos. Era riguroso con los embusteros y con los que abusaban de su confianza. Era muy propenso á la agitacion; pero pronto recobrabá su calma, como si condenase interiormente su flaqueza. Perdonaba las injurias, y jamás reprendia á los que hablaban mal de él, pues solia repetir: *que en una ciudad libre todos debian hablar libremente*. En los funerales de este esclarecido Papa, el dux de Venecia pronunció una oracion fúnebre, despues de haberse sentado entre los dos cardenales diáconos mas recientemente creados. Los cardenales que habian acompañado á Pio II, regresaron á Roma con el cuerpo del difunto, dándole sepultura en el Vaticano.

Tengo á la vista tres medallas pertenecientes al reinado de Pio II, todas con la misma efigie. El Papa lleva un simple gorro que le cubre toda la cabeza inclusa las orejas; de esta manera debia ir cubierto un Papa enfermo. La primera medalla lleva en el reverso estas palabras en grandes caracteres: *OPTIMO PRINCIPI. «Al excelente príncipe.»* En el reverso de la segunda se leen estas palabras. *GLORIA SIENENSI D. C. PICCOLOMINI. «Gloria al sienense, de los condes Piccolomini.»* En el campo hay un escudo con cinco medias lunas dispuestas así: 1, 3 y 1, superadas con las llaves y la

tiara. La tercera medalla lleva en el exergo estas palabras: NE TANTI ECCLESIE PACISQUE AMANTIS DELEATUR MEMORIA. «Para que no se borre nunca el recuerdo de quien tanto amó la Iglesia y la paz.» En el campo hay una mesa cubierta de libros, con estas palabras al rededor: VELOCITER SCRIBENTIS SOBOLES. «Hijos del que rápidamente escribe.» Era imposible caracterizar mas exactamente á Pio II que mostrando aquella cantidad de libros de donde sacaba su ciencia, y aquellos manuscritos todos de propio puño, que manifiestan una continua existencia de secretario asiduo. Háse visto que el Papa estuvo en esta calidad al lado de varios personajes ilustres. Eneas empleó casi toda su vida escribiendo. Fué largo tiempo abreviador de las letras apostólicas; copió de propio puño mucha parte de las que expidió Nicolás V. De Molinet ha leído *amantissimi* en el exergo: se ha equivocado: debia leer *amantis*, tal vez ha tomado esta palabra por un diminutivo. No poseo una hermosísima medalla de este reinado, descrita por de Molinet. Representa un pelicano que se ha abierto el corazon y uno de sus hijuelos chupa la sangre que de él chorrea. Al rededor del campo se lee: ALES UT HÆC CORDIS PAVIS DE SANGUINE NATOS. «Como este pájaro, he alimentado á mis hijos con la sangre de mi corazon.» El grabador de esta obra es Andrés de Cremona, y el inventor del pensamiento, monseñor Campani, autor de una biografía de Pio II. Este Papa habia hecho levantar una tumba en Siena en honor de sus padres, y él mismo compuso el dístico siguiente (habla el padre del Pontífice):

*Silvius hic jaceo conjux Victoria mecum est.*

*Filius hoc clausit marmore papa Pius.*

«Yo, Silvio, aquí descanso; conmigo Victoria mi esposa. Nuestro hijo, el papa Pio nos ha cobijado debajo de este mármol.»

Cítanse multitud de rasgos felices atribuidos á Pio II.

«Las letras, para los pobres son plata; para los nobles, oro, para los príncipes, piedras preciosas.»

Sin saberlo, ó á sabiendas, Pio contaba aquí su propia historia. Pobre habia encontrado recursos y pan con las letras; cardenal, habia sido el solaz y ornamento de su vida; príncipe, le habian consolado en mas de un desastre, permitiéndole soportar las mi-